



Álvaro Mutis, durante una visita a la localidad vascofrancesa de Biarritz en 1995. / DANIEL MORDZINSKI

Mutis y el Gaviero en el final del viaje

► El gran poeta y novelista colombiano muere a los 90 años en la capital de México
► En su maleta guardaba los premios Cervantes, Príncipe de Asturias y Reina Sofía

LUIS PRADOS / BERNARDO MARÍN
México DF

"No sabemos nada de la muerte", decía Álvaro Mutis, "es inútil hablar de ella, pero es bueno invocarla para mantenerla controlada". En la tarde del domingo, el escritor y poeta colombiano se enfrentó al fin con ese enigma. Mutis, de 90 años, falleció tras sufrir un problema cardiopulmonar en Ciudad de México, capital del país donde residía desde 1956. El creador de la saga novelesca de Maqroll el Gaviero, premio Cervantes en 2001, estaba hospitalizado desde el pasado día 16, según confirmó su esposa, Carmen Miracle.

El mundo de las letras en español despidió a Mutis como uno de los grandes poetas hispanohablantes, también cuando escribía en prosa. Poeta de la desesperanza, en su obra la naturaleza del trópico es metáfora del deterioro del tiempo en la naturaleza humana. Su protagonista, Maqroll, su alter ego, es un solitario viajero errante, que entre puertos y hoteles de mala muerte, sobrevive, como en el eterno vaivén de un viejo barco, entre lo efímero y la plenitud pasada.

Al velatorio, instalado en San Jerónimo, acudieron amigos como Mercedes Barcha, esposa de Gabriel García Márquez, que no hizo declaraciones, o Philippe Ollé-Laprune, director de la Casa Refugio, institución que hospeda a autores exiliados. Ollé evocó al Mutis de los últimos años, alejado de la vida pública pero abierto a la plática y a las

visitas y que "mantenía la risa de un niño", informa Sonia Corona. También asistió el escritor Juan Villoro, quien afirmó que "Neruda y Borges encontraron en los versos de Álvaro una conversación perfecta". Desde la Feria Internacional del Libro, su directora, Marisol Schulz, anunció que este año Guadalajara rendirá un homenaje al escritor.

Nacido en Bogotá en 1923, de padre diplomático, Mutis cursó sus primeros estudios en internados de París y Bruselas. Tras

Juan Villoro: "Hacía una combinación perfecta de versos épicos y hondos"

Jorge Edwards: "Era un poeta también cuando escribía en prosa"

la muerte de su padre, regresó a Colombia donde dejó el bachillerato por la poesía y el billar. Comenzó a trabajar en una radio y en varias multinacionales, lo que le supuso viajar sin cesar.

Mutis empezó a escribir, desde muy joven, versos de los que apenas ha quedado una línea: "Un dios olvidado mira crecer la hierba". No se decidía a publicarlos y fue el crítico Casimiro Eiger quien le animó. "Alvarito, deje de guardar cosas en los cajo-

nes, que ahí se pudren. O se queman, o se publican". Con ese impulso, en 1948 vio la luz *La Balanza*, su primer libro de poemas. Y, siguiendo el consejo al pie de la letra, en su vida destinó al fuego algunos manuscritos.

Así arrancaba una carrera por momentos prolífica, por momentos silenciosa, porque escribir era para él un hecho natural, no un deber, "algo que ocurre y deja de ocurrir". Vinculado con jóvenes poetas en la revista *Mito*, colaborador de periódicos, en 1953 publicó *Los elementos del desastre*, donde aparecía por primera vez Maqroll el Gaviero, el personaje que nunca abandonaría. "El Gaviero viene de mis lecturas de Conrad, de Melville (sobre todo de *Moby Dick*); es el tipo que está allá arriba, en la gavia, que es el trabajo más bello del barco, entre las gaviotas, frente a la inmensidad y en la soledad más absoluta", decía Mutis del protagonista de siete de sus nueve libros de narrativa.

En 1956 se estableció en México a donde llegó con varias cartas de recomendación, una de ellas dirigida a Luis Buñuel, con las que consiguió trabajo en la publicidad. En esos años conoció a dos de sus grandes amigos, Octavio Paz y Carlos Fuentes. Tres años más tarde fue encarcelado 15 meses en el Palacio Negro de Lecumberri, acusado de malversación de fondos en la petrolera Esso. Su estancia en prisión, que recogería en *El diario de Lecumberri* (1960), cambiaría su vida, hasta el punto de que sin aquella experiencia ni sus no-

velas de Maqroll ni su poesía posterior hubieran existido. "En la cárcel", decía, "estamos ante la verdad absoluta. La recuerdo como una gran lección".

En Lecumberri conoció a Ele-

Obras clave

- *La balanza* (1948).
- *Diario de Lecumberri* (1960).
- *Los trabajos perdidos* (1965).
- *La mansión de Araucama* (1973).
- *Caravansary* (1981).
- *La verdadera historia del flautista de Hammelin* (1982).
- *Los emisarios* (1984).
- *Crónica regia y alabanza del reino* (1985).
- *La nieve del almirante* (1986).
- *Un homenaje y siete nocturnos* (1987).
- *Ilona llega con la lluvia* (1988).
- *Un bel morir* (1989).
- *Amirbar* (1990).
- *El último rostro* (1990).
- *Abdul Bashur, soñador de navíos* (1991).
- *Tríptico de mar y tierra* (1993).
- *La muerte del estratega y otro relato* (1995).
- *Summa de Maqroll El Gaviero: Poesía, 1948-1997* (1997).
- *Última escala del Tramp Steamer* (1999).
- *De lecturas y algo del mundo* (2000).

na Poniatowska. "Yo iba a la cárcel a visitar a presos políticos", recuerda la escritora. "Me pidió *À la recherche du temps perdu*, de Proust, y yo le llevé los tomos de Gallimard", cuenta. "Era un hombre alegre, el alma de las fiestas, hacía estupendas imitaciones de escritores, sobre todo de Neruda, y todas las mujeres se enamoraban de él. Como escritor, Maqroll nos permitió tener un mar en México y se convirtió en el Conrad Latinoamericano".

En 1986 publicó su primera novela de la serie, *La nieve del Almirante*, a la que seguirían *Ilona llega con la lluvia* y *La última escala del Tramp Steamer*. Desde entonces, los premios literarios se sucedieron. En 1997 recibió el Príncipe de Asturias y en 2001 el Cervantes. Dos años después fue designado miembro de la Legión de Honor con grado de oficial, la más alta distinción que otorga el Gobierno francés.

Marinero existencial, Mutis llevaba años en un apacible retiro. En los últimos tiempos se sentía enfermo y más de una vez declinó amablemente los intentos de este periódico por entrevistarlo. Bogotano de nacimiento, llevaba en el corazón la tierra de Tolima, patria fundacional de su obra. En la finca Coello de su abuelo materno vivió de niño momentos tan felices que decía que se sentiría estafado si, invitado al Paraíso, no encontrara allí el olor a naranjas y el ruido de los dos ríos que cruzaban aquella hacienda en medio de los cafetales.

Un grande de la literatura en español

LAS NOVELAS

Angustia inapelable de la aventura

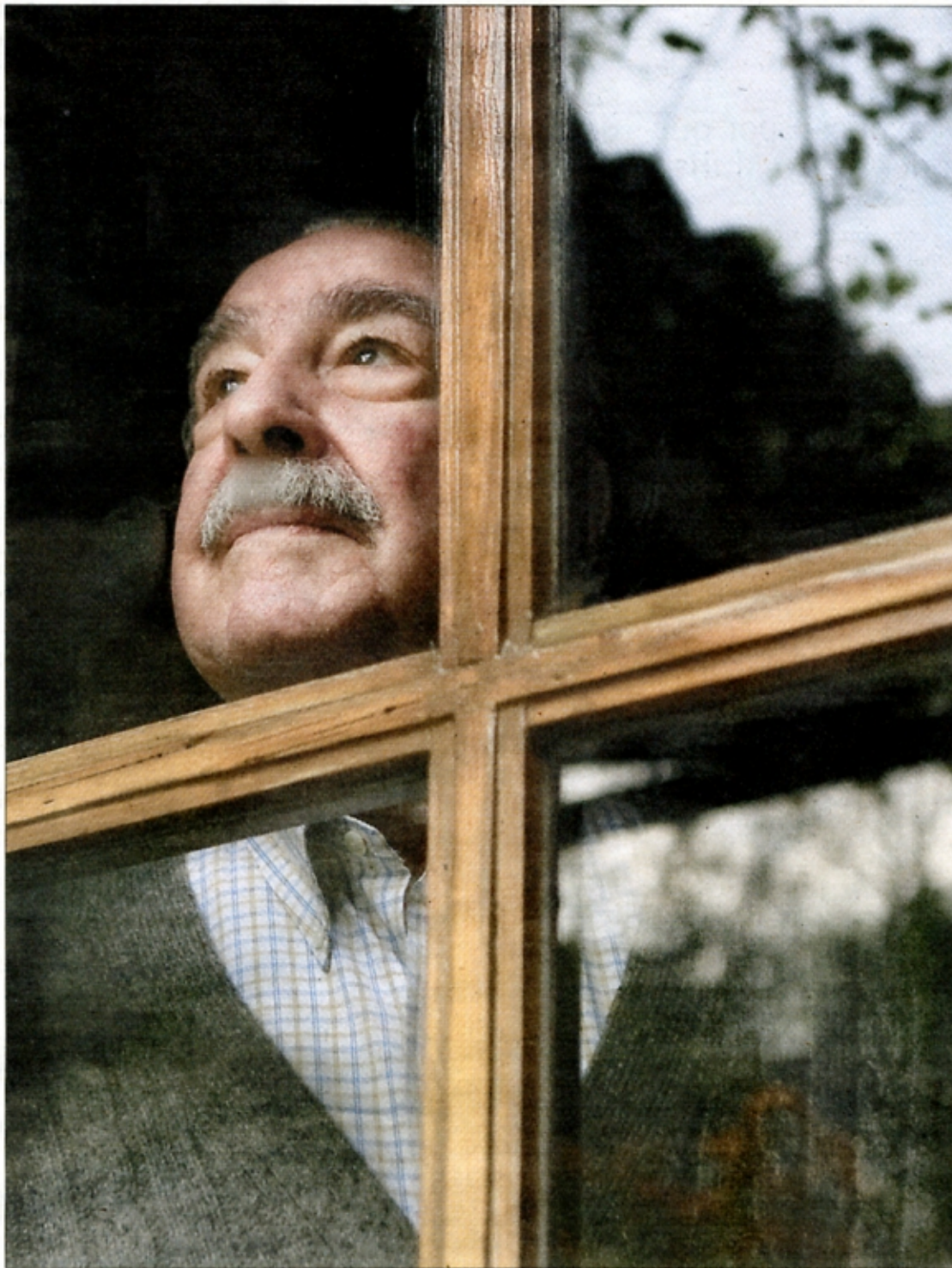
J. ERNESTO AYALA-DIP

Entre 1960 y 1982, Álvaro Mutis publica, al margen de su tarea lírica, una serie de textos en prosa de diversa índole temática. Pero no es hasta 1986, cuando aquellos textos preparatorios, incluida su poesía hasta ese momento, cuando el gran escritor colombiano publica lo que podríamos denominar el largo libro de su vida. O el centro de gravedad de su poética. Estamos hablando de su trilogía formada por *La nieve del Almirante*, *Ilona llega con la lluvia* (1988) y *Un bel morir* (1989). En estas novelas, Mutis crea su personaje capital y uno de los más significativos que dio la narrativa latinoamericana en el siglo XX: estamos hablando de Maqroll el Gaviro. Lo que publique años más tarde no es si-

No es hasta 1986 cuando publica el largo libro de su vida

La trilogía del Gaviro es también centro de gravedad de su poética

no variaciones sobre un mismo tema: la supervivencia de Maqroll en su eterno viaje iniciático. De ahí la forma de su trilogía, sobre todo de *La nieve del Almirante*: estructura de diario, de fragmentos donde se registra el devenir diario de las desilusiones, la nostalgia implacable. Maqroll siempre es el protagonista de toda su narrativa, aunque en algunas novelas últimas, como *Abdul Bashur*, so-



Álvaro Mutis retratado en 2009 en su casa de México. / DANIEL MORDZINSKI

LA POESÍA

En la crudeza de la tierra caliente

DARÍO JARAMILLO

El trópico no es solo exuberancia. También es humedad, lento deshacerse, podredumbre. Detrás de aquel verdor de postal, muy lentamente, los árboles se entregan a una muerte parsimoniosa e inexorable que les vendrá con los años, pero que desde siempre está allí, fatal, invisible, disfrazada de un esplendor que disimula la decadencia y un horror que se impone como ley sin necesidad de manifestarse explícitamente a los sentidos.

Allí, entre la lluvia, también el destino de los hombres se debate entre un pasado que regresa ("entre el vocerío vegetal de las aguas me llega la intacta materia de otros días salvada del ajeno trabajo de los años"), un presente donde la humedad ha invadido todo con el óxido de la destrucción y un futuro que nunca es, que nunca llega, que pesa más por su lentitud que por su inminen-

cia. Esto sucede afuera, sí, "pero al cabo es en nosotros donde sucede el encuentro y de nada sirve prepararlo ni esperar. La muerte bienvenida nos exime de toda vana sorpresa".

Mutis, el Gaviro, nos enseñó el desamparo que viene desde muy adentro, pero que se corrobora con un desastre que nunca llega y que se escenifica en los ríos "que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales", en "la lluvia sobre los cafetales", allí, con "un gótico recogimiento bajo la estructura de vigas metálicas invadidas por el óxido".

Una pasión rabiosa pero, a la vez, estoica. Un tono de delirio que elude la grandilocuencia enunciando apenas el hostil retrato de una miseria que parte de las raíces de la selva húmeda: "Solo entiendo algunas voces. La del ahorcado de Cocora, la del anciano minero que murió de hambre en la playa, cubierto inexplicablemente por brillantes hojas de plátano; la de los huesos de mujer

'Amén' (poema de Álvaro Mutis)

Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos.
Al retorno de una furiosa adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,
te distinguirá la muerte con su primer aviso.
Te abrirá los ojos a sus grandes aguas,
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.
La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos
que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.

hallados en la quebrada *La Osa*; la del fantasma que vive en el horno del trapiche", dice Mutis en un poema escrito antes de sus 25 años.

Se necesitaba un tono nuevo para mencionar así la crudeza de la tierra caliente, su fatal descomposición. Una

ñador de navíos (1990) o *Tríptico de mar y tierra* (1993), su comparecencia apenas se haga notar. Así que hablar de Álvaro Mutis es hablar de su alter ego Maqroll.

Decía Lichtenberg que hacer lo contrario puede que sea también una forma de imitar. Por su parte, Harold Bloom apelaba a la enfermedad romántica de la angustia ante la tradición. Pues bien, en 1997 se publica en nuestro país un libro esencial para entender la estirpe de Maqroll y también, de paso, la mecánica ficcional de Mutis. Se trata de *Contextos para Maqroll* (Igitur, Montblanc). En

Maqroll siempre acaba siendo el protagonista de toda su narrativa

Larbaud y Malraux ayudaron a configurar sus derroteros

este libro de artículos y conferencias, Mutis nos ayuda a descifrar a su héroe. A contextualizarlo, a detectar cómo nace, de qué tensión contradictoria, de qué angustia inapelable se ha echado a la aventura. Porque en el fondo cuando hablamos de Maqroll estamos hablando de un aventurero del espíritu. Por ello, Mutis en su libro sobre Maqroll nos remite a Valery Larbaud, autor de *A. O. Barnabooth* (además de traductor de *Ulises*, de James Joyce, autor al que Mutis homenajea en su obra) y de André Malraux, el autor de *La condición humana*. Dos autores, dos libros, que ayudaron no poco a configurar el derrotero de Maqroll. Ellos le aportaron su cosmopolitismo intransigente con la frivolidad del mundo (que no de su levedad) y el sentido del dolor y la muerte.

voz que el joven Mutis inventa y entona a partir de los poemas de Saint John Perse y los de Neruda, pero que se ajusta a sus temas y a su propia manera de sentir y que se torna personalísima desde su primer libro, *La balanza*.

Sin embargo, no se queda allí, en ese paisaje húmedo. La voz del poeta retrocede hasta la muerte de Felipe II, recrea los viajes de El Gaviro, y se detiene en la elegía a Marcel Proust: "Algo de seca flor, de tenue ceniza volcánica, de lavado vendaje de mendigo, extiende por tu cuerpo como un leve sudario de otro mundo o un borroso sello que perdura". Entonces, lo que Mutis dijo de Proust, hoy, particularmente hoy, se torna en un lamento por él mismo: "El silencio se hace en tus dominios, mientras te precipitas vertiginosamente hacia el nostálgico limbo donde habitan, a la orilla del tiempo, tus criaturas".

Darío Jaramillo es escritor colombiano. Su último libro es *La muerte de Alec* (Pre-Textos).

Su literatura va más allá del horizonte

Escritores y editores explican por qué hay que leer la obra de Álvaro Mutis

W. MANRIQUE / ELIZABETH REYES
Madrid / Bogotá

El primer poemario que publicó Álvaro Mutis apenas duró un día en las librerías de Bogotá antes de quedar hecho cenizas. Todo porque apareció la víspera del día en que el 9 de abril de 1948 asesinaron al candidato a la presidencia Jorge Eliécer Gaitán, lo que desató el caos en todo el país.

Ceniza primero y memoria después, la obra del autor colombiano ha dejado un legado en la literatura en español que varios escritores elogian y dicen por qué hay que leer a Mutis.

Es uno de los grandes de la literatura en castellano porque "su obra poética es admirable y su

Gelman: "Maqroll el Gaviero es alguien que te hace navegar interiormente"

Bonnett: "Su mundo está entre la lírica y la narración con un verso muy amplio"

prosa tiene un brillo pocas veces encontrado", reconoce Juan Gelman, poeta argentino y premio Cervantes 2007. Entonces recita unos versos de Mutis: "Que te coja la muerte / con todos tus sueños intactos", porque cree que así ha sido el caso del poeta colombiano. "En México la parca se ha llevado a grandes poetas en los últimos tiempos, yo le pido a la parca que empiece a ocuparse de los críticos y déjeme tranquilos a los poetas, al menos por un tiempo. Hay que

leerlo porque su literatura es muy refrescante, Maqroll el Gaviero es alguien que sí te hace navegar interiormente".

Maqroll es el hombre que ve más allá del horizonte. Un testigo errante del tiempo y del destino que una vez conoce la gente se queda para siempre con ellos. A través de él, Mutis revela el mundo del hombre contemporáneo. Es la visión de quien, dice el propio Maqroll en su diario, tiene "una fervorosa vocación de felicidad constantemente traicionada, a diario desviada y desembocando siempre en la necesidad de míseros fracasos".

Su mundo poético no tiene equivalente, para Piedad Bonnett, poeta y novelista colombiana. "Un mundo que tiene su centro en el trópico, un lugar de exuberancia vital pero también de deterioro y muerte. Y creó a Maqroll, que encarna las vicisitudes humanas. Su mundo está entre la narración y la lírica, con un verso muy amplio, podríamos decir barroco, que se corresponde con la exuberancia del trópico".

Francisco Ferrer Lerín, poeta y narrador español, dice que cuando oye el nombre Álvaro Mutis ve la obra selvática del aduanero Rousseau: "Quizá esta sea la más perfecta de las sinestesias que me acorralan".

El aporte mayor a las letras hispanoamericanas, según Juan Manuel Roca, tiene que ver más con su poesía, "donde logra unos acentos nuevos y le da una vuelta de tuerca a cierta retórica desgastada de la poesía colombiana y continental. Allí fundamenta todo lo que desplaza a la narrativa, una mezcla entre el contar y el cantar". No duda en afirmar que sus dos grandes libros están en la poesía: "Los trabajos perdidos y Los elementos del desastre".

que disfrutaba bromeando con sus oyentes. "Seguro, nos veremos pronto", me dijo con ese saber estar colombiano que ponía en cuanto hacía y decía. Y entonces, mientras la luz del atardecer del D. F. se adueñaba de las cosas con un colorido estremecedor, los dos supimos que no habría otra vez. Y así fue.

Hoy, al evocar su figura solo puedo decir que Álvaro Mutis fue un seductor de la palabra. Uno de esos caballeros del pasado, que todavía creían posible los milagros de la belleza intemporal que es capaz de plasmar la literatura cuando se afronta con vocación de trascendencia. Su voz como poeta y su talento como novelista le valieron premios acá y allá de nuestro Atlántico hispano. Unos y otros certificaron lo que se palpaba con la experiencia mágica de leerlo: que era grande, muy grande. De hecho, sus novelas son



Tres grandes artistas de Colombia: Álvaro Mutis (izquierda) con Fernando Botero (centro) y Gabriel García Márquez. / ARCHIVO 'EL ESPECTADOR'

"Es uno de esos raros escritores en los que uno no distingue muy bien la línea en dónde termina la prosa y nace la poesía, o el revés", afirma Javier Reverte, narrador y viajero español. "Supo escribir como muy pocos sobre el dolor y la soledad. Y su saga de Maqroll es un verdadero monumento en la literatura latinoamericana contemporánea".

En Mutis la palabra Ultramar transita por su poesía como por un territorio legendario y le otor-

ga un peculiar sentido universal, explica José Manuel Caballero Bonald, Premio Cervantes 2012. Para este poeta español todo lo que ocurre en la poesía de Mutis "depende de la adjetivación, de una adjetivación desusada, magnánima, que les da a los objetos una significación hiperreal. La órbita de la naturaleza colombiana, entre los grandes ríos y la inmensa cordillera, sirve de escenario, de telón de fondo de esa alegoría de la aventura perpetua que

se aloja en su poesía". Palabras hondas, tiernas, viajeras que llegaron, según Alberto Ruy Sánchez, "justo cuando el periodismo marca mayoritariamente a la novela, mientras que su voz narrativa proveniente de la poesía y alejada de todo periodismo, se impulsó como escritura vital, a la vez cuidada como composición pero abierta a lo imprevisto".

Hasta después de los 60 años Mutis estuvo dedicado a "oficios tiránicos" como los llamó García Márquez, según recuerda Héctor Abad Faciolince. "Cuando se jubiló fue como si saliera de la cárcel y liberó su prosa: ocho novelas en 10 años. Su poesía la había escrito despacio y casi siempre en aeropuertos, mientras daba la vuelta al mundo. Aunque él sostenía que toda obra está condenada al olvido, yo apostaría a que en un siglo se leerán más sus versos que su narrativa".

Mutis, dice José Ramón Ripoll, director de *Revista Atlántica*, "trasciende la época posmoderna que le tocó vivir y apunta a un nuevo pensamiento, un ímpetu vital que surge de su propio paisaje, pero que se universaliza en ultramar".

Coello, un pueblo de Colombia tiene la clave de todo. "Álvaro Mutis solía decir que todo cuanto había escrito estaba destinado a celebrar y perpetuar a Coello, donde se encontraba la finca cafetera de su familia, en la que

pasó los días felices de su infancia", cuenta Pilar Reyes, editora de Alfaguara. "De este lugar de tierra caliente emana el paisaje y la sustancia misma de su literatura".

Una ausencia ya presente que el poeta chileno Óscar Hahn resume así: "Ha muerto Álvaro Mutis. Ha muerto el estratega de la palabra. Escribió la crónica regia y la bitácora de este reino y del otro. Maqroll lo ve perderse en el horizonte. Ha muerto Álvaro Mutis de un bel morir".

Mohrt, sino porque en su alma late el aliento de ese Mediterráneo milenario en el que se entrecruza la sabiduría de quienes miran la línea del horizonte sin la ansiedad de rendir cuentas al presente.

Reaccionario entrañable para el que el mundo dejó de tener interés tras la caída de Constantinopla o la degollina de Luis XVI y María Antonieta, su habilidad literaria descansaba en su apasionada vocación de heterodoxia compulsiva. Una heterodoxia provocadora que nunca dejaba de sonreír ante el espectáculo de las ideologías y de lo políticamente correcto, criaturas a sus ojos de una Modernidad suicida que no le interesaba lo más mínimo. Quizá porque era de otra estirpe. La de aquellos que, como su amigo Nicolás Sánchez Dávila, no dudaban en afirmar que: "El progreso es el azote que nos escogió Dios". Lo dicho: un fascinante provocador. Lo echaremos de menos.

José María Lassalle es secretario de Estado de Cultura.

Un reaccionario entrañable

JOSÉ MARÍA LASSALLE

Hace apenas dos meses crucé mis últimas palabras con Álvaro Mutis. Fue telefónicamente y sonaron desde el principio a despedida. Un viaje a México me llevó a quererlo ver como otras veces, pero esta vez me pidió que no me acercara a su casa. Estaba muy cansado después de un accidente doméstico del que no acababa de recuperarse. Carme, su mujer, ya me había advertido de que todo iba lento. Demasiado lento. Cuando escuché su voz comprendí que no habría probablemente más oportunidades de disfrutar de su conversación de criollo virreinal. Aquel hilo de voz no podía esconder que la edad pesaba sobre los hombros de Mutis con las alas de la eternidad. Se le notaba apagado, sin ganas de desplegar aquel aliento infatigable con el

una reflexión sobre la inevitabilidad de la decadencia. De cómo abordarla con la elegancia de la épica aventurera, también en el corazón de los trópicos. Preci-

Su habilidad literaria descansaba en su apasionada vocación de heterodoxia compulsiva

samente, una de las cosas que más le agradeceré como lector es haberme devuelto la dicha de asomarme a ella gracias a ese personaje que bautizó como Maqroll el gaviero. Y no solo porque resuenen a su paso las pisadas literarias de Conrad, Melville, Stevenson, Mac Orlan o